

El Artista, su Don y su Vida

por Sebastián Salazar Bondy

"El artista —ha escrito Sean O'Casey— ocupa un lugar precario en la vida pues es, entre todos los hombres, aquel de quien puede prescindirse más". El escritor irlandés explica su aserto así: El artista no tiene, en nuestro tiempo, un lugar en la vida. Apenas ocupa un rinconcito. De ahí —con sus cuadros, sus manuscritos, sus partituras— sale a buscar al público, a la crítica. Recibe entonces —según la expresión de O' Casey— una palmadita, y vuelve al rincón. ¿Sabe esto el aspirante, el joven que elige la carrera del arte? No, no lo sabe.

Nadie lo previene. El lee la gloria que rodea a esos pocos que han triunfado y sueña emular a Picasso, a Hemingway, a Stravinsky; sueña con su porvenir como si fuera el estado de entrega total a su inclinación vocacional, mientras una lluvia de cheques —y aplausos— rodea la feliz culminación. Sin embargo, esto es falso. Por miles y miles de artistas de los cuales se glorifica la obra, hay uno o dos que ocupan los altares de la prensa y escuchan su nombre en el mercado de los valores apreciados por la muchedumbre.

O'Casey, hasta quien muchos adolescentes acuden en busca de consejo, tiene a flor de labios una recomendación que a aquellos consultores de oráculos vivos debe parecerles terrible: "Busque usted —les dice— trabajo en una chacra, en una fábrica, en un taller, y quédese ahí el mayor tiempo posible..." Tal vez el consejo sea tan cruel como desconcertante, pero no deja de estar basado en una verdad rotunda. La de que la carrera del artista no se hace subiendo los peldaños propios de este ascenso, sino otros peldaños, los de la vida misma. Bien hace el autor de "El arado y las estrellas" al decir que una academia de teatro no fabrica grandes actores y que tampoco

un pintor es eso simplemente porque tenga un pincel en la mano y use camisas a cuadros. Ante todo, su arte. Mas también la vida ferviente de todos los días: la penuria y la alegría del



hombre-hombre. Y, por cierto, la conciencia de los dos peligros: la inmodestia ("Yo soy artista y soy, por ello, muy sensible y delicado") y el elogio de la multitud. Con respecto a esto último, los mejores modelos, los que aparecen tantas veces en las páginas de las revistas y diarios asediados por los periodistas, rehuyen en el fondo esa publicidad, y nunca ceden a las loas. Vuelven a su vida, a trabajar.

En principio, el pincel o la pluma no son más que el badijeo o la plumada, que el formón y el martillo. Las herramientas son honradas porque su fin es la creación, cualquiera que ella sea. O' Casey recuerda, a propósito, que se ha declarado que el progreso de la ciencia contemporánea se debe, entre otras razones, a la intervención del arte. Los ingenieros de quienes proviene este adelanto fabuloso se estremecerían al saberse llamados artistas. Ese temblor a-

vergonzado tiene una explicación: el ingeniero se cree útil y la idea de que su "area tiene algo que ver con el arte lo inquieta porque el arte está erróneamente inscrito en el orden de las cosas ociosas y gratuitas. La culpa la tienen los artistas. El destino de éstos, sin embargo, es el de estar en la vida activa, en el exterior, experimentándolo todo y observándolo todo para retener de ello lo que es eterno, perdurable, permanente. El trabajo así es duro.

Bernard Shaw se negaba a escribir prólogos a los escritores jóvenes simplemente porque pensaba, conforme a su declaración, que "todos debían pasar, como él a su turno, por el potro". Es decir, aceptar su cuota de dolor, de desengaño consigo mismo y con los demás, de soledad, antes de aspirar, como reza el título de un film norteamericano, "el dulce perfume del éxito". Porque el don que le ha sido concedido al artista, el don de expresarse por medio del arte —tan don como el del albañil, el carpintero, el operario calificado— sólo se perfecciona y ennoblece en la práctica seria y profunda, ante la cual no importa que haya o no alabanzas multitudinarias.

El cronista comentaba hace poco el descontento de un artista joven y pobre a propósito, posiblemente, del poco éxito de su primera exposición. La exposición era mediocre, dicha sea la verdad, aunque mostraba posibilidades futuras. El muchacho estaba amargado, volvía a su rincón deprimido y, sin embargo, contento de sí mismo. Y en vez de tratar de ahondar en su espíritu, críticamente, se revolvía contra los demás, contra la ciudad. O'Casey le habría dicho: "Por muy abandonado que esté el artista en sus condiciones de vida, debe seguir utilizando el don que le fue concedido, y salvar los obstáculos..."